

con suposiciones favorables ó adversas, es faltar á la l6gica.

La verdad hist6rica no debe sacrificarse en mi humilde opini6n, á los sentimientos de la generosidad que todos los hombres tenemos: cuando habla la justicia de una causa ó la vindicaci6n de un principio, deben enmudecer en el acto las liras del sentimiento. El poeta todo lo sacrifica á la belleza del consonante y le llama *blancas á las hormigas*. El historiador sofoca los latidos de su coraz6n, y al pan le llama pan, y al vino le llama vino. Encuentro muy bello y simpático el cuadro de un hombre que se enternece ante la locura de su digna esposa, desgracia que soy el primero en lamentar; pero veo muy triste el inmenso cuadro de la desolaci6n de una patria que llora sobre su manto desgarrado, que mal cubre la inmensa extensi6n de su territorio donde yacen millares de sus hijos, y cada uno es el origen de otro cuadro de lágrimas, de luto y de dolor, en familias tanto más respetables, cuanto que no tienen otro compaÑero fuera de su amargo sufrimiento y de su propia desventura.

Aun vemos en estos tiempos á impúdicos servidores de una naci6n generosa que ha perdonado la falta, sin olvidarla, concurrir el 19 de Julio de cada aÑo al templo de Santa Brígida á rendir un último homenaje de recuerdo al ejecutado de la Repúbrica.

Los mártires ignorados de una causa santa, cuya gloria ha servido para dar un asiento en el banquete del triunfo á los infidentes á la patria ¿no merecen también nuestros recuerdos?

A nombre de ellos debemos hacer que brille con todo su esplendor la verdad, y sólo la verdad, como digno y merecido tributo á la memoria de los héroes.

En cuanto á mí, satisfecho con haber servido en las filas republicanas, pido al Supremo Regulador de los destinos humanos me conceda la vida suficiente para conocer el último fallo de la historia.

\*  
\*  
\*

El 31 de Mayo de 1863 el Congreso Nacional clausur6 solemnemente sus sesiones, depositando en el C. Benito Juárez toda su confianza é invistiéndole con facultades omnímodas en todos los ramos de la administraci6n pública, en vista de las críticas circunstancias porque atravesaba la Repúbrica.

Arriada la bandera de la legalidad constitucional al terminar aquel acto oficial, el Presidente y su Gabinete, se pusieron en camino para San Luis Potosí, nueva residencia de los poderes federales.

Aquella respetable comitiva sali6 con toda solemnidad llevando consigo la voluntad de un pueblo libre y los votos fervientes de todos los mexicanos por su pronto y feliz regreso, y en su tránsito hasta San Luis recibió inequívocas pruebas de respeto y de adhesi6n.

El Sr. Juárez, antes de abandonar la capital, dejó como encargado del orden y de la tranquilidad de los habitantes á nuestro conocido y valiente guerrillero el general Aureliano Rivera, á quien mand6 la evacuara tan pronto como el invasor profanara con su planta la garita Oriente, y siguiera como Gobernador del Valle de México hostilizando al enemigo.

El Ayuntamiento de la capital, de quien era presidente el C. Agustín del Río, se dirigi6 en masa al general Rivera para suplicarle que se retirara, porque temía que el amor patrio estallara en el pecho del que siempre ha

sido leal á la República, y comprometiera á la población, pues que se daba entonces motivo para que el invasor entrara en son de guerra y cometiera desafueros.

Rivera, que entre sus cualidades tiene la de ser sumiso á la autoridad nacional, contestó al Sr. del Río que no le era posible desobedecer la orden terminante del Presidente Juárez y que hasta que el invasor llegara á San Lázaro, él se pondría en marcha para el segundo distrito de Hidalgo, pero que la población podía estar tranquila pues él dominaría sus inspiraciones de patriota y en aras del bien común saldría de la capital sin disparar un sólo tiro.

Así lo hizo el general Rivera tan pronto como sus vigilantes le avisaron que el ejército invasor había llegado á San Lázaro.

Ya he dicho antes, y oportuno me parece repetir, que había una turba infame que desgarraba sin piedad la honra nacional y tan pronto como Rivera dió la orden de marcha á sus soldados, aquella pacota de traidores se reunió en el Correo para levantar una acta de adhesión al imperio.

Alguien alcanzó á Rivera en las calles de Santa Ana y le dió aviso de lo que pasaba; el patriota no pudo entonces contenerse y jugando la vida y sin temor á las consecuencias, regresó violentamente con su escolta de 30 hombres, se internó en la ciudad hasta donde estaban aquellos infames, disolvió la reunión y aun recogió el acta que se estaba levantando.

A la sazón el ejército invasor entraba por las calles de la Santísima y el Amor de Dios: Rivera, á paso moderado, emprendió la marcha para incorporarse á su fuerza después de dar una lección de patriotismo á los traidores á la patria.

La historia debe recoger con religioso respeto todos y cada uno de los grandes rasgos del patriotismo mexicano, porque es de todo punto indispensable vindicar la memoria de una patria tan querida y tan calumniada por propios y extraños: la posteridad tiene el imprescindible deber de sentar en el banquillo del acusado á los infidentes y de orlar con inmarcesibles lauros las sienes de los patriotas: la tarea tan grata que me he impuesto de ministrar datos para la historia como una contribución voluntaria, me obliga á detenerme en mi relato cuantas veces sea necesario.

Llenado por hoy este deber, sigamos al Gobierno republicano en su peregrinación.

En el tránsito de esta Capital á Querétaro la desmoralización y el desaliento fueron notables en algunos hombres de poco ánimo que consideraban perdida para siempre nuestra causa, y hubo de lamentarse la pérdida de muchísimos soldados que desertaban en masa. El archivo, parte del material de guerra y de los caudales públicos, se perdieron en medio de la confusión que produjo aquel desorden.

En Querétaro, en vista de la serenidad que demostraban el Presidente y sus Ministros, se restableció algo la confianza y ya pudo comenzarse á organizar el Ejército que tantos días de gloria conquistó para la patria, y tantas páginas inmortales escribió en nuestra brillante historia.

Al emprenderse la campaña del Interior por el Ejército francés, el Gobierno de la República continuó su peregrinación rumbo á Coahuila llegando hasta las gobernas de la Ciudad del Saltillo.

Vidaurri á la vez se había ya hecho sumamente sos-

pechoso al Gobierno y éste se dirigió entonces para la ciudad de Monterrey.

El 16 de Febrero, el referido Vidaurri se pronunció y atentó contra la vida del Presidente de la República y de todo su Ministerio; pero las masas populares se agruparon en torno del legítimo representante del Gobierno, lo defendieron, lo proclamaron y lo respetaron. Vidaurri, acobardado con aquella reacción tan rápida como enérgica, tan admirable como sublime, huyó vergonzosamente de Monterrey la noche del 25 del mismo mes de Febrero.

El Gobierno de la República permaneció en aquella ciudad hasta el 12 de Agosto de 1864 en que salió para Monclova, obligado por el pronunciamiento de la guarnición del mismo Monterrey.

Quiroga, ese otro infidente que con un acto infame correspondió á la acción generosa de habersele perdonado sus anteriores hazañas, resolvió cometer una nueva deslealtad. El día 12 en la mañana alcanzó al Señor Juárez en el camino y quiso hacerlo su prisionero; pero la escolta que acompañaba al ilustre peregrino hizo una resistencia heroica y tenaz y el Sr. Juárez pudo llegar al pueblo de Santa Catarina, en los momentos en que la referida escolta, extenuada por la fatiga y diezmada por el fuego de los traidores, estaba próxima á sucumbir.

En los grandes destinos de la patria hay hechos que realmente parecen providenciales. El Sr. Juárez mandó al Saltillo un correo pidiendo refuerzo al General Negrete y éste ordenó al General Aureliano Rivera, quien después de algunos meses de asediar á la Capital, había ido en pos del Gobierno, que sin pérdida de tiempo se pusiera en camino para Santa Catarina, á fin de auxiliar con sus caballerías al Benemérito de las Américas.

Eran los momentos supremos en que la escolta tenía que sucumbir á la presión numérica y caer inerme en poder de un enemigo ávido de venganzas: el Sr. Juárez se consideraba ya prisionero, cuando aparece Aureliano en medio de aquel desigual combate y sin mas tiempo que el necesario para dar las voces de mando, se lanza intrépido á la cabeza de sus valientes subordinados, y después de reñido y sangriento ataque, pone en precipitada cuanto vergonzosa fuga á las fuerzas del infidente á la patria.

Para dar una idea del riesgo inminente en que se encontró el Sr. Juárez, debo hacer constar que el coche en que iba la respetable comitiva estaba acribillado á balazos y que sin el oportuno auxilio de Aureliano Rivera, la patria habría perdido en aquella memorable jornada el tesoro riquísimo de su legítima representación.

Hubo en aquel combate hechos dignos de cantarse en épicas estrofas y entre otros está el de un sargento de la fuerza de Meoqui, cuyo nombre por desgracia se perdió ya entre la polilla del tiempo que todo lo destruye y todo hace olvidar: el referido sargento fué atravesado de lado á lado por una bala enemiga y al sentirse moribundo, no quiso exhalar el último suspiro sin consagrar también su último pensamiento á la santa causa de que fué digno mártir.

Con la mano derecha puesta sobre la herida de donde salía un torrente de sangre, el heroico sargento se dirigió al coche en que iba el Sr. Juárez y apoyándose con la izquierda en la portezuela del carruaje, pronunció estas sencillas pero elocuentes frases: "*viva mi Presidente; muero por la Patria.*" Y realmente el héroe cuyo nombre se ignora, cayó desplomado á los piés del Sr. Juárez.